

# LIBROS

## 1935 y el regeneracionismo

La publicación de las Memorias políticas de Joaquín Chapaprieta, en su día presidente del Consejo de Ministros de la Segunda República, tiene una apariencia polémica. El título que les ha sido póstumamente adjudicado, *La paz fue posible*, tiene algún aire de controversia con el *No fue posible la paz*, que en idénticas editoriales y colección diera a la luz José María Gil Robles (1). La apariencia es parcialmente engañosa, dado que el político alicantino, fallecido en Madrid en 1951, redactó el libro durante su estancia en Ginebra en los años de la guerra civil. Y decimos sólo que parcialmente, porque la parte más valiosa de las Memorias, correspondiente a la crisis del centro-derecha en los meses finales de 1935, supone una interesante confrontación con la perspectiva que en su libro adoptara el dirigente cedista en torno a los mismos acontecimientos.

Nacido en Torreveja en 1871, y encuadrado, por tanto, generalmente con los hombres del 98, tiene también Chapaprieta una edad cercana a la de sus dos jefes políticos, Rafael Gasset y Santiago Alba, inscritos ambos en el partido liberal y claramente inspirados por el regeneracionismo. Las Memorias políticas apenas dan noticias concretas sobre su primera actuación en las filas liberales, dentro de las que aparecerá como diputado, primero, y senador más tarde, entre 1901 y 1923. La proximidad del período republicano dominaba, sin duda, en el ánimo de Chapaprieta en 1937, haciéndole mencionar de pasada puntos clave en que tuvo destacada intervención, como el frustrado impuesto de beneficios extraordinarios en 1916, siendo subsecretario del ministro Alba, y el funcionamiento del caciquismo, que aparece sólo incidentalmente (para después,

con singular dureza, descolgar sobre las elecciones de 1931 la condena de haber sido las más escandalosas de la historia del país). El texto de las Memorias se hace más denso al referirse al ocaso de la monarquía constitucional, pero se diluye de nuevo al enfocar el cambio de régimen.

La imagen que Chapaprieta, candidato monárquico en las municipales de abril, se formaba del nuevo régimen era bastante simple. El cambio político, admitido a duras penas, no debía implicar modificaciones en cuanto al poder económico o la estratificación social: «Mi deseo —escribe— habría sido contribuir como simple ciudadano al afianzamiento de un régimen republicano de derecha que, en definitiva, tenía, salvo la forma de gobierno, el mismo contenido político a que me había adscrito dentro de la monarquía». Poco más o menos, la visión conservadora de una República «posible», burguesa, moderadamente reformista, que desde hoy viene siendo proclamada como ideal por



Joaquín Chapaprieta.

cierta corriente historiográfica.

El fracaso definitivo de semejante esquema tiene lugar en 1935. Es justamente el año en que el ex-albista Chapaprieta, con su gestión al frente del Ministerio de Hacienda, asciende a un primer plano político, hasta suceder a Llerroux en la presidencia del Consejo. El relato de estos meses, desde la formulación de su política fiscal hasta el fracaso de la misma por la oposición de la CEDA, constituye el núcleo de las Memorias, que se cierran, tras una minuciosa recapitulación de la crisis de diciembre de 1935, con las gestiones para llegar

a un acuerdo preelectoral de centro-derecha en oposición al Frente Popular. Es, pues, para la República de 1935 que las Memorias de Chapaprieta aparecen como fuente de valor indudable, al margen del esquematismo ya apuntado de sus posiciones políticas (reformas técnicas de carácter económico, defensa a toda costa de la estabilidad social y política). Son asimismo valiosas las consideraciones relativas a la opción final, previsible ya por la actitud de defensa a cualquier precio anterior, y de sus consecuencias.

Las Memorias van precedidas de un estudio preliminar del profesor Seco Serrano («Chapaprieta: un técnico anterior a la tecnocracia»), en que se intenta encuadrar el tema republicano dentro de la perspectiva general del regeneracionismo. Es una inteligente historia política de Chapaprieta, en que se echa de menos una discusión de su política fiscal en términos de economía positiva y se acusa un exceso de adjetivación arcaizante («ilustre hombre público», «caballero deseo», «nobleza innata», etcétera). Asimismo hubiéramos preferido que, en lugar de proceder a un rechazo radical de la conexión entre Chapaprieta y la Banca privada, en cuanto a significación política, el tema hubiera sido sometido a análisis, teniendo en cuenta las medidas económicas propuestas en el curso de su gestión. Viendo las cosas a partir de la distinción explícita entre lo que fue y lo que pudo ser, Seco opina que la República de derechas, la única posible, se frustró con los gobiernos de Chapaprieta. No hemos de insistir en nuestra disconformidad respecto a tal enfoque.

La paz fue posible es, en definitiva, un libro interesante, que viene a recordar dos grandes vacíos en nuestra historiografía: la política económica durante la II República y la izquierda liberal, eterno personaje secundario de la política española entre la Restauración y 1936, vista hasta el momento sólo, a través de Alba y Chapaprieta, desde una perspectiva personalista. ■ ANTONIO ELORZA.

## El perfume de la alienación

Adriano González León (Venezuela, 1931) es conocido entre nosotros por su «País portátil», que en 1968 obtuvo el Premio Biblioteca Breve. De él se publica ahora «Hombre

que daba sed» (1), tercero de sus libros de relatos y anterior en un año a la novela citada, compuesto por siete narraciones cortas, la última de las cuales da título al tomo.

Con la desigualdad propia de este tipo de recopilaciones y sin llegar nunca a los límites de profundización imaginativa alcanzados por los «grandes» de la actual narrativa latinoamericana, en González de León pueden apreciarse, sin embargo, unas determinadas constantes que cimentan el entramado de cada uno de sus cuentos. Seguramente la principal será la consideración del pasado como estructura temporal capaz de influir de forma decisiva en el comportamiento presente y futuro de sus personajes. Todos ellos se muestran como seres que sufren el «handicap» de unos hechos padecidos muy directamente y cuya inevitable resonancia les impide avanzar, ir más lejos en una trayectoria que se abre ante sus ojos, pero cuyo recorrido supondría un esfuerzo del que se sienten incapaces. Cuando la tensión causada por ese pasado llega a su más alto nivel, se transforma en obsesiva, los personajes del autor de «Asfalto-Infierno» reaccionan con una violencia terrible, aniquiladora (así sucede en los relatos «El arco en el cielo» y «Tramo sin terminar»), pero al mismo tiempo estéril, nacida ya muerta por su primaria condición vengativa. Es una liberación momentánea puramente episódica a la que, no obstante, ni siquiera llegan los protagonistas de las demás narraciones, especialmente de aquellas que nos resultan de mayor calidad («Madan Clotilde», «Declan J. R.» y «Los gallos de meta»), pobladas por seres que respiran continuamente el perfume de la alienación, provocada —insisto— por un pasado al que no han podido remontar y que vuelve a ellos una y otra vez sin cesar. Aunque más que volver se trata de un tiempo que está en ellos irremediablemente.

Si en determinados aspectos González León no va aún demasiado lejos, creo que la causa radica en que su lenguaje todavía se halla —o se hallaba en 1967— en formación, sumergido en un barroquismo que comienza a ser

(1) «Hombre que daba sed», de Adriano González León. Biblioteca Breve de Bolsillo-Libros de Enlace número 97. Editorial Seix Barral. Barcelona, 1971.

plenamente válido (Vargas Llosa, García Márquez, Lezama Lima) a partir del momento en que enriquece de forma decisiva el nivel de significación, evitando todo tipo de oscurecimientos fatigantes y gratuitos, algo en lo que González León cae con bastante frecuencia. ■ F. L.

## Los amantes de Teruel

Entre los innumerables textos dedicados a la legendaria muerte de Diego Martínez Marcilla e Isabel Segura, el volumen que nos ocupa ha elegido dos: uno, de Tirso de Molina, y otro, prácticamente ignorado, de Rey de Artieda, dejando fuera el más conocido de Eugenio Hartzenbusch. Lo prologa un breve estudio de Carmen Iranzo, fundamentalmente destinado a subrayar el interés histórico del texto de Rey de Artieda —un valenciano nacido en 1549, perteneciente al censo de los dramaturgos que precedieron a Lope— y la paternidad, en alguna ocasión discutida, de Tirso respecto del segundo drama incluido en el volumen. Los textos proceden de antiguas ediciones que garantizan su integridad y fidelidad al original.

En todo caso, el interés del volumen es erudito y el prólogo no intenta proponer un tratamiento o contemplación que actualicen el tema. Los textos están ahí, como tales textos, creo que definitivamente privados de convertirse en teatro, en tema escénico comunicable y vivo para el público de nuestros días. Problema este de la vigencia del tema en cuestión, que, estimulado por la bases de la primera convocatoria del Premio Ciudad de los Amantes —hoy ya Premio Ciudad de Teruel—, debió preocupar no hace mucho a una serie de autores contemporáneos, que escribieron numerosos dramas de escaso valor sobre el mismo tema.

El volumen que comentamos 92 de la Colección Temas de España —que tiene en su haber una larga y provechosa labor de didáctica literaria—, no se propone, pues, ningún tipo de indagación propiamente teatral, y fija voluntariamente sus límites, según ya es costumbre en esta clase de ediciones, en la exhumación y divulgación literarias. ■ J. M.

(1) Joaquín Chapaprieta, *La paz fue posible*. Col. «Foras de España». Ediciones Ariel. Espigueros de Llobregat, 1971. 436 páginas.